

Los malestares en nuestra institución

Andrés Castaño Blanco

Para el psicoanalista actual de Buenos Aires existen diferentes situaciones que son fuente de malestar. Uno de los más comunes es la pérdida progresiva del valor económico de la sesión, que ha llevado a que haya profesionales que estén dispuestos a trabajar por honorarios a veces casi humillantes. Esta desvalorización se debe posiblemente a dos causas: en primer lugar la multiplicidad casi infinita de profesionales y de instituciones “psi”, y en segundo lugar la existencia de las “prepagas”: los profesionales han dejado de ser independientes para convertirse en empleados de una empresa que va a tratar de bajar los honorarios lo más posible. Las asociaciones de profesionales no sólo no han hecho nada para defender a sus asociados en esta situación, sino que generalmente actúan como cómplices de la misma. Este estado de cosas ha llevado a que muchos profesionales se encuentren atrapados en una situación de muchas horas de trabajo y poco tiempo y poco dinero para formarse, sumado a los riesgos siempre presentes de un juicio por mala praxis.

En este entorno, nuestra Institución también ha cambiado: hace unas dos décadas no era fácil conseguir un analista didacta para iniciar la formación y el ingreso a la misma era garantía de prestigio y de un futuro bienestar económico. Con el correr de los años y con la presión del entorno que se ha descrito, se ha vuelto más difícil sostener los diferentes requerimientos y de hecho se ha facilitado el ingreso a la Institución, como por ejemplo ofreciendo honorarios bajos y disminuyendo la frecuencia de las sesiones en los análisis didácticos.

En este medio surgen los “malestares” propios de nuestra Institución, algunos de ellos sintetizados por la Lic. Yellati (2009):

- Falta de diálogo y falta de escucha de los cuestionamientos.
- Poca amplitud para dialogar entre las diversas corrientes psicoanalíticas.
- Conflicto entre lo que se enseña y lo que se practica.
- Burocracia.
- Resistencia al cambio.
- Sometimiento y dificultad de exponer las propias ideas.

La pregunta que surge es si estos malestares son componentes constitutivos (y por lo tanto, en gran parte, inevitables de cualquier institución) o si son rasgos enfermizos agregados. Voy a encarar estas cuestiones recurriendo a algunos de los conceptos clásicos acerca de las instituciones.

En “Psicología de las masas y análisis del yo”, Freud (1921) procura articular el pensamiento psicoanalítico con los fenómenos sociales. Especifica que se va a referir a “... *masas de alto grado de organización*” (pág. 89), es decir a instituciones. Define a una “*masa primaria*” como “*una multitud de individuos que han puesto un objeto, uno y el mismo, en el lugar de su ideal del yo, a consecuencia de lo cual se han identificado entre sí en su yo.*” (pág. 109/110). Destaca no solamente el poder de vínculo de este mecanismo sino, al mismo tiempo, su inestabilidad y su poder de escisión: “...*el individuo resigna su ideal del yo y lo permuta por el ideal de la masa corporizado en el conductor*” (pág.122) Y más adelante: “*Sería también concebible que la división del ideal del yo respecto del yo no se soportase de manera permanente, y tuvieran que hacerse involuciones temporarias. A pesar de todas las renunciaciones y restricciones impuestas al yo, la regla es la infracción periódica de las prohibiciones.*” (pág. 124) En estos pensamientos, (siguiendo las ideas de Lourau, 1970) el concepto de “institución” es bastante conflictivo: es lo que organiza vínculos, pero también prohibiciones, es lo

que une, pero también lo que separa. Para poder tolerar esta separación, esta resignación, es necesario suspenderla periódicamente.

Lourau (1970) destaca reiteradamente el carácter ambiguo de las instituciones: “...*todo ordenamiento instituye una ruptura entre lo que se puede y lo que no se puede hacer dentro de la forma social considerada*” (pág.11). Luego de realizar una revisión de los diferentes sentidos que ha tenido el concepto “institución”, llega a la conclusión que la misma es “*polisémica, equívoca, (y) problemática*” (pág. 141). Sigue diciendo a modo de ejemplo que “...*nada (es) más relativo y contingente que esas formas singulares de regulación que son las leyes y las constituciones; pero como la función ideológica del derecho consiste en volver evidente, intocable y sagrado lo que no es sino contingencia política, el filósofo del derecho acepta convertirse en filósofo del Estado, legitimando en el plano ideológico algo que solamente la fuerza justifica*” (pág. 142). “...*la institución emite mensajes falsos directos mediante su ideología, y mensajes verdaderos en código mediante su tipo de organización.*” (pág. 144)

Si tenemos en cuenta estos modelos es inevitable pensar que la pertenencia a nuestra institución, como a cualquier otra, va a implicar “malestares”: por un lado tendremos que *resignar* nuestras ideas para adherirnos a las ideas ideales del conjunto, ya que toda institución va a reclamar cierta homogeneidad. Por eso es necesario repetir el “eso no es psicoanálisis”, a fin de separar aquellos componentes sospechosos de alterar esa homogeneidad. El problema en nuestro caso es aún más difícil, ya que existen “muchos” psicoanálisis (Wallerstein, 1988) y por otro lado las ideas ideales se han modificado con el tiempo y ciertos modelos que hace unos años no estaban registrados en la formación ahora tienen una importancia fundamental y otros han perdido vigencia. Por otro lado como esa resignación no ha de poder ser sostenida mucho tiempo, se crea la inevitable escisión entre lo que se dice (en

simposios, ateneos, trabajos) y lo que se hace en el espacio privado y casi secreto del consultorio (lugar privilegiado para las “*infracciones*” que citábamos de Freud) y entonces aparecen las teorías no confesadas, privadas (Canestri, 2006). En consecuencia es inevitable un rechazo de los cuestionamientos ya que atentan contra esa homogeneidad constitutiva y también es inevitable un sometimiento temporario a los modelos ideales, especialmente en el caso de los candidatos, ya que los mismos, son y no son parte de la institución. La “organización”, uno de los componentes básicos de toda institución, es la que regula la admisión y la expulsión. En nuestra institución la admisión dura varios años de requisitos (admisión a análisis didáctico, seminarios, supervisiones, trabajos, etc) durante los cuales uno aún no es miembro, aspira a serlo (eso es un candidato), lo que implica que está en evaluación permanente y por lo tanto tiende aún más a resignarse frente a los ideales de la institución a fin de no exponerse a no ser aceptado.

De lo antedicho se sigue que la pertenencia a una institución implica un enriquecimiento por participar de ciertas ideologías ideales, pero también un empobrecimiento, por la renuncia a partes de uno mismo a fin de lograr la homogeneidad.

Pero es necesario agregar que no todas las instituciones son iguales. Siguiendo las ideas de Lourau (1970), Bernard (1973) y Guattari (1972), se pueden clasificar las instituciones (o los diferentes momentos que viven las instituciones) en tres tipos:

- 1- La institución sometida: hay una identificación ciega de los miembros con las determinaciones que los incluyen. Los cuestionamientos son vividos como peligrosos y por lo tanto hay que asegurar la autoconservación, excluyendo lo ajeno. Hay un cierto “...*rencor que decide de cierto número de enunciados dominantes y exclusivos.*” (Deleuze, en Guattari, 1972, pág. 15). La institución

queda congelada y se niega todo diálogo con lo que la puede cuestionar. En esta clasificación estaría incluido el Grupo de Trabajo de Bion. Se pueden ejemplificar estos tipos de momentos en nuestra institución cuando se ataca (a veces sin conocer), los estudios empíricos, los aspectos biológicos, los psicofármacos, las terapias cognitivas y más aún, cuando en un seminario se descalifica a otras líneas psicoanalíticas y hasta a las mismas “terapias psicoanalíticas” en oposición al “psicoanálisis”. Aquí es cuando más se usa el “eso no es psicoanálisis”

- 2- La institución negativa: actúa por oposición a lo instituido, sin llegar a elaborar formas alternativas. No hay creación. Incluye el Grupo de Base de Bion. Se pueden reconocer estos momentos cuando se abandona la institución por no poder tolerar las determinaciones de la misma. A veces este abandono se da a pesar que uno sigue pagando la cuota.
- 3- La institución sujeto: las determinaciones institucionales son conocidas, cuestionadas y superadas, no son negadas. Al abrirse a otros grupos o instituciones se animan a enfrentarse con los límites de su sentido. A través de estas posibilidades de ruptura es que aparecen los elementos creativos. *“El diálogo, la intervención en los otros grupos es una finalidad aceptada por el grupo sujeto, que lo obliga a una cierta lucidez en relación con su finitud y que lo perfila en el horizonte de su propia muerte...”* (Guattari, 1972, pág. 71). Se pueden reconocer estos momentos cuando se pueden aceptar e incorporar las críticas a nuestra teoría, no sólo desde otras teorías psicoanalíticas, sino también desde otras teorías psicológicas, desde las investigaciones empíricas, o desde la biología, que quizás parecen cuestionar todo lo que aprendimos durante años.

Queda planteada la cuestión de si es necesario implementar algún dispositivo de elaboración de esta situación ambigua y conflictiva de toda institución.

Resumen

Los malestares en nuestra institución

Andrés Castaño Blanco

En este trabajo se postula que algunos de los malestares descritos en nuestra institución son inherentes a la misma, ya que instituir implica homogeneizar y para lograr esto es necesario escindir aquellos aspectos sospechosos de atentar contra esa homogeneidad. Tanto la teoría de Freud, como la de Lourau resaltan este aspecto limitativo y prohibitivo. Sin embargo, las instituciones no son todas iguales: algunas necesitan abroquelarse, repitiendo las viejas consignas y evitando todo cuestionamiento y quedando paralizadas. En este caso las instituciones funcionan como una defensa frente a las angustias de muerte. Otras instituciones funcionan pudiendo aceptar las determinaciones y cuestionamientos que surgen de otras instituciones y pueden tolerar las angustias de enfrentarse a sus propios sinsentidos, logrando en este proceso un mayor enriquecimiento. Queda planteada la cuestión de si una institución psicoanalítica puede funcionar sin contar con un dispositivo “ad hoc” para elaborar esta situación conflictiva inevitable.

Descriptor: Asociación Psicoanalítica Internacional, institución, malestar, masa

Bibliografía

Bernard, M. [1973] “Las condiciones del grupo de acción” en Lourau R. y otros

Análisis institucional y socioanálisis. Editorial Nueva Imagen.

México. pp 31-47. 1979

Canestri, J. “Mapa de las teorías privadas en la práctica clínica” presentado en

Congreso de FEPAL. Lima, 2006

Castaño Blanco, A. “Lo inconsciente en las instituciones psiquiátricas” en Ricón

L. y colaboradores *Otros caminos. Nuevas técnicas en*

Psicoterapia. Paidós. Buenos Aires. 1992

Freud, S. [1921] “Psicología de las masas y análisis del yo” en *Obras completas*

AE XVIII. Amorrortu. Buenos Aires. 1984

Guattari, F. [1972] *Psicoanálisis y transversalidad*. Siglo veintiuno editores.

Buenos Aires. 1976

Lapassade, G. [1971] *El analizador y el analista*. Gedisa. Barcelona. 1979

Lourau, R. [1970] *El análisis institucional*. Amorrortu. Buenos Aires. 1975

Yellati, C. email del foroapdeba. 20 de mayo de 2009. 09.13 p.m.

Wallerstein, R. “One psychoanalysis or many?”. *International Journal of*

Psychoanalysis, 69, 1. 1988